

Y si la enseñanza fuera salvaje?

por Anthony Weston , traducido por Karina Rivas-Careaga



Ilustrado por Tom Goldsmith

Vivimos en tiempos de transición. La mayor parte de nuestras instituciones sociales simplemente no son sostenibles en sus formas actuales. Los lectores de esta publicación ya saben, estoy seguro, lo que quiero decir. Las escuelas están entre esas instituciones. Las escuelas hasta pueden ser arquetipos de ellas. El problema para nosotros como maestros es que trabajamos para las escuelas – ahora, y no en un futuro añorado. Queremos, necesitamos despertar a nuestros alumnos al vasto mundo salvaje que nos rodea y sostiene a cada momento, pero elegimos (o intentamos) hacerlo esto dentro de las mismas escuelas, instituciones que casi por diseño nos alejan de la experiencia de un mundo mayor, de los ritmos naturales, seres naturales, de los flujos de inspiración y conocimiento más que humanos.

No es bueno lamentarse por la dificultad de la tarea. Lo que necesitamos son estrategias para

lidiar con ella. Quiero sugerir algunas. Fíjense, sin embargo, que éstas podrían requerir "volverse salvaje" en formas que no hemos exactamente reconocido. Por la misma razón, volverse salvaje de esta manera también podría ser pedagógica y desenfrenadamente revigorizante. Y quizá, de alguna manera bastante divertida, el carácter profundamente problemático y auto encerrado que tienen las escuelas como nosotros las sabemos, hasta puede ser girado, créalo o no, para nuestra ventaja.

Dondequiera que estamos, ante todo, allí estamos. Hasta cuando los astronautas despegan de la Tierra llevan con ellos no sólo el aire, el agua y el fuego, pero también, crucial y necesariamente, los unos a los otros. El primer desafío, entonces, por extraño que sea decirlo de esta manera, es darse cuenta de que nosotros mismos estamos real e inevitablemente presentes, en cuerpo así como en mente — o

como dirían mis colegas orientales, uno es un ser integrado en cuerpo/mente. Oficialmente, en las aulas se supone que somos sólo mentes, a fin de cuentas; el cuerpo se desvanece, llega a ser un mero fondo, quizá a veces una molestia secundaria, viniendo a nuestra atención, sólo como como distracción o desconcierto. Equivalentemente, el traer al cuerpo de vuelta a la escena crea la combinación exacta de molestia y provocación para cumplir nuestro propósito.

Al empezar, pregunto a la clase o audiencia que se formen en grupos pequeños de tres o cuatro. Después, tan pronto como las sillas hayan sido movidas y las personas se hayan sentado uno junto al otro, les pido que se empaquen dentro del mismo grupo — ocupando la mitad del espacio, para para estar codo a codo, prácticamente encima de uno al otro, en el "espacio personal" de cada uno — por lo menos para llegar a ser bastante y genuinamente concientes del otros cuerpos, como animales, como seres personificados.

Luego le pido a cada persona que se mire detenidamente a sus propias manos, para empezar a ver los poros, las células de la piel, la misma piel como un órgano vasto y suave; las cicatrices que nos cuentan las historias pasadas; el mecanismo de las manos, tal como su función de agarrar y sus famosos pulgares oponibles; el tejido entre los dedos que nos recuerda nuestro parentesco con los patos, el pelo que nos recuerda nuestro parentesco los monos. Para que nadie pierda el hilo del mensaje, al fondo proyecto algunas imágenes de manos de mono y manos humanas, o de pies pequeños de lagarto.

Finalmente, pido que los estudiantes se miren las manos los unos a los otros de la misma manera — y otra vez, que se tomen tiempo haciéndolo. El contraste entre manos a menudo golpea bastante y es una de las maneras de que las

personas se den cuenta de cosas acerca de sus propias las manos que de otro modo son tan familiares que las tomamos por sentado — la singularidad de su forma y la longitud y la orientación de los dedos, quizá, o la individualidad y la complejidad de las líneas en palmas de las manos.

Hasta este sencillo proyecto, encuentro que cambia perceptiblemente el humor en el cuarto. Cuándo nosotros reconocemos y damos la bienvenida a nuestra animalidad, también llegamos a estar más cómodos, intelectual y físicamente. Y algo más notable sucede: las personas realmente se toman de las manos. Los alumnos más jóvenes pueden reírse de esto, pero raramente por mucho tiempo. Con estudiantes universitarios o audiencias más maduras, a veces me pregunto en voz alta si algunos de los presentes pudieran haberse conocido por años pero sin haberse tocado jamás, por lo menos de esta manera algo deliberada pero simplemente "presente". Es una nueva y encantadora dimension.



En todo caso, de lo que las personas, jóvenes o viejas, se dan cuenta al

sentarse y continuar tomándose de las manos son las cosas animales básicas: el calor, ante todo — el calor de otro ser vivo, el animal que es — y pulso. El reconocimiento del pulso lleva a pensamientos de la animalidad del ritmo mismo — de cuán fundamental es el latido del corazón, de la manera de la que sentimos música en nuestros cuerpos. Los monjes que cantaron el canto gregoriano y la polifonía más temprana mantenían el tiempo tomándose de las manos. Sin director. De esta manera, aparentemente, lograron sincronizar los latidos del corazón y entonces podían mantenerse precisamente al ritmo de la música. Eso también puede explicarnos por qué tanto de esa música es cantada al ritmo del pulso, más o menos un latido por segundo. Piense en el golpe de los

tambores en bailes de Indios Americanos: es también el pulso, el latido del corazón de los bailarines. Con el paso de los años, varios estudiantes universitarios me han dicho cuánto "esa custión de las manos " (frase de un estudiante) significó para ellos, el mirar sus propias manos y las de los otros, el reconocer las similitudes de las manos no humanas, y el tomar las manos ajenas de manera bastante diferente a la que nuestra cultura permite a personas que nuestra edad. Verdaderamente, sospecho que tocarse de esta manera es tabú en nuestra cultura en parte porque somos reacios para reconocer nuestra propia animalidad (y/o porque tenemos una vista reduccionista de la animalidad que se torna en sexualidad. Ciertamente esto es algo que necesitamos perturbar!

Un visitante antropólogo extranjero de seguro estaría asombrado por nuestra forma de enseñar a nuestros jóvenes la pertenencia al mundo desde aulas de espacios tan cerrados de todo excepto de ellos mismos, aún hasta el punto de mantener las persianas y las ventanas cerradas — si somos lo suficientemente afortunados de tener ventanas. Sin embargo, porque tenemos esta costumbre, tenemos que tomarlo como una oportunidad para un desafío persistente, explícito y dramático. "Perfil" el método, como pueda, en vez de permitir que resida en el espacio donde tomamos las cosas por sentado; de esta manera hágalo material de pensamiento crítico. En resumen, abra las ventanas y hable de ello. Haga de ésta una práctica diaria y rutinaria. Nótelo cada vez usted entre al cuarto, y con ello ayude a sus alumnos a hacerlo también, y hasta que lo hagan en otros cuartos también.

Enseñar afuera es el próximo paso natural. Por supuesto, salir afuera depende de que se tengan los espacios convenientes. Como todo maestro sabe, salir a sentarse en el césped afuera tiene la tendencia de llevar a clases muy entrópicas. El estar afuera no otorga foco natural, los amigos y otros estudiantes siempre se pasean por ahí, y las clases tienden a llevarse en pasividad, terminando en distracción. Todos estos son problemas remediables, sin embargo; lo que necesitamos realmente son espacios más maleables al aire libre para la enseñanza. Después de años de batallar, algunos de mis

estudiantes y yo hemos conseguido persuadir a nuestros administradores de la universidad de que construyan un anfiteatro al aire libre específicamente para propósitos de enseñanza. Está construido dentro de una colina en parte debajo del nivel del suelo, bien protegido de transeúntes, y sus asientos están posicionados en semicírculos para que el espacio enfoque la mente antes de distraerla. Tanto como en las aulas, el espacio al aire libre tiene una cierta "forma" y se la puede ocupar para aprender o para otros propósitos. Devuelta en el aula, idealmente una con luz natural y aire fresco, propongo que necesitamos cosas más "naturales" a nuestro alrededor. He formado el hábito de recoger piedras pequeñas u otras muestras pequeñas (golpeando las formaciones de la ramita, plumas, a veces el cráneo de un pájaro o mamífero pequeño colocado en mi sendero) de las montañas o el bosque o las costas que he visitado. El contraste de todos los otros artefactos a mi alrededor siempre provoca un útil recuerdo. Mis plumas y el teclado y las revistas muestran las señas de "artefactualidad": ellos son sencillos, geoméricamente regulares, tienen una historia que sé y vivo dentro de mí mismo. Mis cráneos pequeños de piedras y cuervo y fósiles trilobulados hablan de otras cosas. Las piedras dicen el cuento, por ejemplo, de trastornos tectónicos y volcanismo, las épocas de agua y hielo y de fuego. Sus formas no son hechas por manos humanas; sus historias se miden en millones de años, no en ciclos industriales ni en tiempo de producto manufacturado.

Así que tomo piedras y otros objetos tales para mis aulas. A menudo yo le ofrezco a cada estudiante una muestra. Introduzco una variedad de objetos y les permito que escojan aquellos que les llama la atención. Entonces les invito a pensar en ellos, quizá hasta investigar, la historia de esa piedra o de ese esqueleto. ¿De qué está hecho? ¿Cómo y cuando se formó? Hasta la cosa más pequeña llega a ser una conexión a una historia mucho más grande, un cuento mucho más amplio, visible, jamás presentado, el recordatorio casi ritual de que la tierra es más grande que nosotros, que vivimos en la intercección de tipos de cuentos bastante diferentes.

Tengo un pequeño meteorito que a veces llevo conmigo. Para mí representa un tipo de "próximo paso" en este pensar en piedras, enmarcando hasta cuentos de piedras antiguas de la tierra en términos de cuentos todavía más grandes. Porque la Tierra es geológicamente un planeta vivo, casi todas piedras terrestres son mucho más joven que la edad de la Tierra que es de 4,5 mil millones de años o menos: ellas han sido fundidas y han sido aplastadas y rederretidas muchas veces. Los meteoritos, por el contraste, son eternos. Algunos vienen de la luna o de Marte, que no es geológicamente activo pero lo fue alguna vez, así que sus piedras son aproximadamente contemporáneas a las piedras más viejas de la Tierra. La mayoría de ellos, sin embargo, provienen de asteroides, que son casi siempre demasiado pequeños para ser geológicamente activos, y así que antedatan al comienzo mismo del sistema solar. Aquí, tengo en la mano una piedra que es 4.5 billones de años.

Al otro lado de la escala de la permanencia y la dematerialización están las flores. A veces entrego por ahí en un tazón margaritas, pensamientos, capuchinas, y cosas por el estilo, junto con mi tazón de piedras, y pido que todos los presentes escojan uno de cada cosa. Los colores, la blandura, el olor de las flores todo apela inmediatamente.

Pido que todos respiren profundamente el olor de sus flores (y las piedras, a veces, porque las piedras pueden oler también). En contraste de lo que vemos u oímos, lo que olemos o tocamos o probamos no se para en la distancia. Lo que se huele es ya parte de usted, es físicamente dentro

de usted. Cuando usted huele una flor, la flor viene dentro de usted. Lo mismo pasa con la piedra: cuando usted toca una piedra, la piedra también le toca. Tomar una piedra o una flor, de algún modo, es como tomarle las manos al mundo, excepto que con el mismo mundo, no tenemos forma de soltarnos. En este sentido, todos estamos siempre literalmente en "comunidad" con el mundo. Por lo menos esta es una manera bastante concreta de pensar en la interconexión — necesaria a cada momento — de toda vida con toda otra existencia y con el mundo entero; y es, seguramente, una manera bastante inesperada de pensar en flores!

Ni siquiera el aire es material neutral. Lleva

vastos números de esporas, diminutos insectos y otras formas de vida, cargas eléctricas, y variados contaminantes químicos — hasta, una vez más, fragmentos diminutos de otros mundos en forma de polvo de meteorito. El aire en cada aliento está más ligado, finalmente, al universo entero. El filósofo ilusionista David Abram propone que nosotros ya decimos que no vivimos en la Tierra, sino que vivimos dentro de ella — porque vivimos en el fondo del mar de aire que es la atmósfera y estamos en constante relación, en cada sentido literal de la palabra, con todo el mundo con cada aliento que tomamos¹.

El sabor es otro sentido que requiere verdadera incorporación física. Nosotros no podemos

¹ David Abram, *El Hechizo de lo Sensual*, Nueva York: Panteón Reserva, 1996.



Tomar una piedra o una flor es como tomarse las manos con el mundo.... En este sentido, estamos todos siempre, literalmente, en "comunidad" con el mundo.

probar nada sin introducirlo dentro de nosotros mismos — sin tomarlo en "comunidad". De modo que todo alimento, de alguna manera, es una forma de unión o conexión (o, si usted piensa en etapas subsiguientes, ciclaje). Es difícil recordarse de esto con alimentos cotidianos que comemos cada día. Por el bien del conocimiento es mucho más útil comer algo no cotidiano — algo que no comemos cada día, algo que no perturbe un poco, algo que usted recuerde comerlo por bastante tiempo.

Habiendo alcanzado este momento, yo por lo pronto invito a que mis estudiantes se coman sus flores. A fin de cuentas, ellos tienen la flor en sus manos y de todos modos no durará mucho tiempo. Tomo cuidado en traer sólo flores comestibles (y aquellas germinadas sin rociar). Les digo: "coman su flor". Este siempre es un momento interesante. Generalmente cerca de la mitad del grupo lo probará. Como unas pocas flores para mostrarles que no son instantáneamente letales. No insisto. Lo importante, una vez más, es la nueva idea de qué es comer algo — no solamente una clase de alimento, entendible únicamente en términos de un ser y sus necesidades físicas, sino de una forma de incorporación, tomando el mundo dentro de nosotros mismos, una vez más, la "relación". (En realidad, tengo amigos que comen carne para esta razón; en su opinión, lo hacen por ser una forma preciosa de comunión con los animales).

Ponerlo de esta manera naturalmente invoca una dimensión sacramental. Conscientemente sigo el modelo de la comunión cristiana: pasando la copa, tomando y comiendo como en una forma de afirmar y verdaderamente recreando ritualmente "la unidad del cuerpo". La intención no es blasfemia — aunque confieso ladear en

sus orillas. Apropiarse de tales símbolos culturales es útil, si el método de enseñanza es innovativo y atrevido. Esta incomodidad de forma muy teológica abre las puertas a algo que de otro modo no quizás no sea accesible. Ambas, la piedra (que les invito a llevarse y mantenerla, en su escritorio o en su bolsillo, como recordatorio) y la flor, adorada por su belleza y perfume y luego devorada, nos sirven de recordatorio ritual de la unidad de la comunidad, las reinvocaciones sacramentales de la tierra viva y nuestra relación con ella. Y



Abram discutiría que la unidad con la tierra es la comunión original —fundamental en ambos: la vida de cada uno de nosotros y en los orígenes de la humanidad.

Parece imposible comunicarse con otras criaturas silvestres desde dentro de nuestras aulas. A fin de cuentas, ellas no están aquí. Y nosotros no querríamos invitar a osos, ni buitres, ni

las orcas a "nuestros" espacios, aunque podríamos. Sin embargo, la historia que cuento todavía no incluye criaturas salvajes, y de alguna manera ellas son las más cruciales de todo. Ellas son con quienes la mayoría de nosotros (quizás y especialmente los jóvenes) podemos identificarnos más fácilmente — más naturalmente que con un meteorito — y ellas son las que animan nuestros paisajes y nuestros sueños. De seguro nosotros también las necesitamos, aunque no es claro cómo invitarlas dentro de las aulas (recuerde) las escuelas.

Hay formas de hacerlo parcialmente. Podemos tratar, por ejemplo, de pensar en algún aspecto familiar y específico de "nuestro" mundo desde la perspectiva de otros animales. Tome los

buitres y halcones tan ubicuos por las autopistas. ¿Qué ven ellos en los caminos? Resulta que ellos ven lo que vemos: una manera rápida viajar (los pasillos anchos de la carretera crean vientos favorables y muchas columnas de calor para viajar) y abundante alimento barato (animales muertos a lo largo de la carretera). ¿Esta perspectiva hace que manejar por nuestra carretera tenga un contexto levemente más grande, no?

Reiterando, aquí hablamos sólo de experimentos pensados, no de la presencia de animals reales. ¿Podemos hacer algo más? Creo que si. Considero que animales silvestres (eso es, aparte de nosotros mismos) están justo aquí junto a nosotros a fin de cuentas, aunque típicamente no nos damos cuenta de su presencia, los dejamos pasar o, los tememos. Me refiero a los insectos y arañas.

La mayoría de nosotros ya reconoce que los "bichos" están en todas partes a nuestro alrededor la mayor parte del tiempo. Hasta cuando escribo a máquina, en este momento, una pequeña araña se aparece y desaparece alrededor de uno de los montones de mis papeles y libros. Las hormigas caminan en el piso y una cachipolla zumba suavemente como helicóptero (acabo de cambiar las pantallas de puerta de tempestad ayer, así que estos visitantes tuvieron muchas oportunidades de entrar). Por mi parte, doy la bienvenida a la compañía, la mayoría del tiempo, pero aún cuando estos huéspedes no son bienvenidos enfáticamente, ellos persisten de todos modos.

Comúnmente no prestamos mucha atención a la vida de los insectos alrededor de nosotros, o los encontramos molestos. Sin embargo, sólo un pequeño golpe mental y pueden surgir bastante a una luz diferente. Considere lo que se siente pensar que está usted solo y luego descubre que otra persona está con usted, quizás hasta espíandole. El filósofo G. W. F. Hegel indicó que la inhibición no puede surgir cuando estamos solos, sino sólo y necesariamente cuando estamos con otros, o por lo menos cuándo otros está, como fuera, con nosotros. Nos vemos por primera vez desde otro punto de vista.

¿Podiera algo bastante semejante ser verdad cuando reconocemos que, aún al sentarnos en nuestro espacio enteramente humano, siguiendo nuestras órdenes intelectuales del día con pasión resuelta, justo alrededor de nosotros hay otras conciencias, vigilandonos aunque nosotros no los estemos vigilando a ellos? Una araña, suponga, surge así como otra forma de conciencia, otra presencia, un coexistente de lo que pensamos era "nuestro" espacio, un ser independiente de cuyo punto de vista podemos quizás llegar a vernos de una nueva manera. Llegamos a estar inhibidos de una manera inesperada, descubiertos de manera inesperada.

Todo esto es preludio de la última carta que juego. Empiezo con una auto revelación. Ocurre que — quizás no tan casualmente — yo mismo soy primo de los insectos. Mi tótem es, una de mis identificaciones principales más que humanas, es la de ser como una araña patona. Las arañas patonas (Pholcids, harvestmen) vienen a mi alrededor, aparecen sobre mi y casi siempre en mi carpa en las mañanas al acampar fuera, aunque la red a prueba de bichos este cerrada. Me veo larguirucho, dirigiendome hacia el elongado temblor imposible de las arañas patonas; y además soy papá... bien, todo encaja perfectamente. Les recuerdo ahora a los presentes que nosotros los papás patones, como las areñas patonas, somos completamente inocuos a los humanos, nosotros no mordemos (ese cuento de que las arenas patonas son sumamente venenosas es una tontería, aunque a veces nosotros no tienen inconveniente con la reputación), no hacen telarañas, etcétera.

Antes de hablar a la clase habré explorado el cuarto por mi mismo para ver si alguna araña patona está por ahi. Generalmente si hay algunas. Si no, habré buscado unas pocas de fuera y las invito al cuarto por un rato. Ahora les pido al grupo a que echen una mirada alrededor, ahi mismo desde donde están, en busca de cualquier tipo de vida, araña o insecto, que puedan encontrar. No los muevan, les digo, ciertamente no los dañen; vean apenas quiénes está a nuestro alrededor. Más tarde podemos acompañar a los insectos que yo he introducido en la clase otra vez afuera. Esto no solo es un experimento en teroría, les digo. No estamos

tratando de tomar el punto de vista de una araña teóricamente, pero de hecho. Ellas están aquí, ellas saben donde usted está aún si usted no sabe donde ellas están, y quiero que usted trate de encontrarlas y hacer contacto con ellas. ¿Busque piernas larguiruchas que sobresalen por debajo de marcos de sillas o detrás de las cortinas? o... bien, en cualquier parte. ¿Dónde iría usted dentro de este cuarto si fuera una araña? A veces en este momento una arena se mostrará a sí misma, y yo la pongo sobre mi mano o en mi hombro. De cualquier manera el desafío del grupo es de encontrar las otras, observarlas y luego, inevitablemente, comiencen a verse a sí mismos y a este espacio compartido a través de ojos muy diferentes.

Debe ser muy claro que no estoy hablando de traer arañas ni otros insectos al aula como exhibiciones, dentro de frascos, tanques apropiados y limitados para nuestra inspección científica o solamente curiosa. Este es un experimento filosófico, no solo un "compartir tiempo hablando". El objetivo del ejercicio es de darse cuenta de cómo cambia nuestro sentido de este espacio cuando descubrimos que otros seres ya estaban aquí, co-habitando este espacio que estamos tan seguros de que era sólo nuestro, evasivo pero independiente, de igual a igual. El mundo de más que humano no es solamente un objeto de estudio controlado y lejano pero es tan cercano como la araña que puede estar en este momento bajo su silla o poniendo huevos en el rincón. Observado de manera correcta, éste puede ser un pensamiento encantador, y he visto grupos de jóvenes tomarlo con entusiasmo. Los adultos son a veces un poco más lentos, o sus reacciones más mezcladas, pero para todos nosotros, de algún u otro modo, tales experimentos abren un nuevo tipo de puerta en la mente.

¿Qué es "volverse salvaje"? En parte es tener un sentido práctico y también intelectual— que co-habitemos este mundo con una diversidad de otros seres y formas de vida, de "centros" de cambio dinámico, aquí y ahora. Es reconocer que hasta la forma de nuestro propio conocimiento (por ejemplo, nuestra animalidad) a menudo nos elude. El volverse salvaje es ese molesto sentido de cambio inesperado e imprevisible que sigue su propia corriente, pero una corriente que es, de alguna manera no tan compressible, nuestra también.

Cuándo reconocemos y damos la bienvenida a nuestra animalidad, llegamos a estar también más cómodos, intelectualmente y físicamente.



Y así es que propongo que la enseñanza "se vuelva salvaj" hasta en los escenarios más convencionales. No propongo nada tan extravagante ni problemático como un "plan ambiental de educación". Estas actividades son una manera de perturbar y subvertir el usual y, si desea, "escondido" o "implícito" currículum², y ahí donde vive, ahí en los escenarios más tradicionales. He hecho aún estas cosas con una audiencia de otros profesores en una conferencia internacional

de filosofía. Quiero insistir que este subtexto casi salvaje necesita ser parte crítica de la enseñanza ambiental — y, quizás, de toda enseñanza.

Todo que he descrito es fácil de hacer, por lo menos desde el punto de vista de recursos o preparación o instrucción. El esfuerzo está en el lado conceptual. Para que estas cosas funcionen

² Elliott Eisner, *La Imaginación Educativa*, Nueva York: Macmillan, 1985.

en el aula, nosotros los maestros debemos tomar nuestro papel de una manera más analizada. Para invocar la animalidad en otros, usted primero debe estar cómodo con la suya propia. Para estar dispuesto a hablar su "tótem" o representación con otros, y más aún para manipular arañas (o cualquier cosa que use como analogía), usted mismo debe tener como propia experiencia la frontera humano/no humana de forma más permeable de lo que nuestra cultura dice. Para estar dispuesto a encontrarse en un espacio "religioso" — por ejemplo, por haber invocado conscientemente un modelo de "comunidad" — usted debe estar dispuesto a andar ciertas líneas que no son enteramente cómodas, quizás hasta entretener la posibilidad de llegar a ser una humilde forma de innovador espiritual en una cultura que tiende a querer su espiritualidad fija y segura. Para estar dispuesto a rehacer y reacomodar los objetos en el aula, para invitar una forma de la ferocidad más que humana en un espacio que al empezar estaba tan ordenado, amorfo, enteramente humanizado, y controlado, usted debe prestar atención en una manera corporal a la forma y sentido del espacio mismo. En resumen, todo esto requiere del maestro una presencia diferente a la ya conocida imagen del proveedor de hechos. Y así, aunque parezca sorprendente, la invitación a la educación ambiental es la clave que puede espolear una revisión de lo que deberá ser el maestro. Pienso que esto tiene maravillosas implicancias. Los filósofos ambientales han sospechado por mucho tiempo que esa ética ambiental tiene la capacidad de rehacer toda moralidad, así que quizás es no tan sorprendente que el mismo es cierto de la relación entre la educación y la educación ambiental. La ferocidad tiende a ramificarse, razón por la que la vemos con incomodo, y por la que, en este momento, la necesitamos tanto.ⁱ

ⁱ Anthony Weston enseña filosofía y estudios ambientales en la Universidad de Elon en Carolina del Norte. Es autor de varios libros, incluso *Regreso a la Tierra: El Ambientalismo del mañana* (Prensa de la Universidad del Templo, 1994), y es redactor de *Una Invitación a la Filosofía Ambiental* (Prensa de la Universidad de Oxford, 1998). Esta es una versión condensada de un artículo del mismo título publicado en el *Diario canadiense de la Educación Ambiental* 9 (2004) y apareciendo originalmente en Scott Fletcher

(ed.), *Filosofía de la Educación 2002* (Urbana, Illinois: La filosofía de la Sociedad de la Educación, 2003), en cambio basado en un taller tenido en la 2002 reunión de la Filosofía de la Sociedad de la Educación en Vancouver, Columbia.

Karina Rivas-Careaga es diseñadora instruccional para el Oklahoma Water Watch, un programa educativo de monitoreo de calidad del agua que promueve esfuerzos locales de proteger y mantener la calidad de ríos y lagos en todo el estado de Oklahoma.